

LA ESPIRITUALIDAD DE LA CIUDAD

René Voillaume

Nuestra vida no se compone de momentos de retiro, durante los cuales seríamos hombres de oración, y de momentos consagrados al trabajo o a los contactos con los demás, durante los cuales dejaríamos de serlo. Nuestro grado de unión con Dios no se medirá por la cantidad de tiempo que hayamos consagrado a la oración, y no es únicamente en función del tiempo por lo que seremos hombres de oración. Lo seremos si nuestra mirada hacia los hombres y hacia las cosas es, mediante la fe, lo que era la mirada de Jesús.

1. VIDA INTERIOR Y VIDA DE FE

Nuestra vida será difícil y precisamente por esto será, si queremos, hermosa y grande. En las dificultades y los obstáculos no tenemos que ver otra cosa que una intimación para fortalecer nuestro amor y sobrepasarnos a nosotros mismos. **"No tenemos que medir los trabajos con arreglo a nuestra debilidad, sino nuestros esfuerzos con arreglo a nuestros trabajos." (1)¹**

Yo creo que nonos hará falta una larga experiencia de vida, si es que no la tenemos ya, para darnos cuenta de que el ideal del amor que tenemos en nuestro corazón se entorpece al contacto con las realidades de cada instante, de todo

el peso de los obstáculos que encuentra su expresión tal y como lo desea, porque está constantemente expuesto al fracaso debido a nuestra inclinación al mal, al egoísmo, a nuestras tendencias a la violencia, a la pereza o a la disipación. Dentro de nosotros mismos sentimos tirantes, arrebatos o inercias que nos paralizan, y nunca hacemos lo que quisiéramos hacer, ni en el orden de la oración, ni en el del servicio al prójimo. A cada instante, en el más banal de nuestros actos, sentimos iniciarse la desviación, a pesar de la recta intención que teníamos al comenzar. No vayamos a creer que esto se arreglará por sí solo, pero tenemos por qué extrañarnos o alarmarnos. Es preciso aceptar el trabajo sobre nosotros mismos y hacer esfuerzos perseverantes

¹-Máxima de San Juan de la cruz citada por el Padre De Foucauld.

y metódicos para transformarnos en un instrumento dócil de Cristo. Este es el papel que desempeña la **ascesis**.

Para poder concebir bien su necesidad, su alcance exacto y al mismo tiempo su importancia y sus límites, es muy útil tener una idea precisa de lo que somos: criatura a la vez compleja y una, cuerpo y alma, marcada con el desorden de la primera falta. Tenemos que estar bien convencidos del lugar que ocupa el cuerpo en la unidad de la persona humana, instrumento indispensable y a la vez obstáculo del espíritu que le anima. No hay nada más nefasto que querer violentarse para obrar como un puro espíritu, siendo como somos un ser perfectamente uno, del que el cuerpo es parte esencial. El modo en que concebimos la lucha contra la desviación de nuestra naturaleza, depende de la idea que nos hayamos formado acerca de nosotros mismos sobre este punto. No tengo ahora la intención de estudiar esta cuestión por sí misma. Me contentaré con precisar algunos aspectos que conciernen a nuestra vida.

2. VIDA DE CIUDAD Y VIDA DE FE

¡Pero cómo quisiera, ante todo, llegar a convencer a todos y a cada uno en particular, de que **el estado de lucha interior es un estado normal!** Lo que es anormal es la ausencia de lucha: es, a menudo, signo de renunciamiento al esfuerzo requerido para sobrepasarse a sí

mismo, y al progreso en el amor. En todo caso, el reposo y la calma sólo pueden ser pasajeros. **La paz de que habla Jesús no es la ausencia de lucha**, está en el sentimiento del orden que supone, precisamente, **un esfuerzo costoso y penoso de enderezamiento**. Jesús no terminó hablar de violencia, de amputación, de guerra, de contradicción. Es muy importante haber comprendido bien esto y haber aceptado, en principio, la lucha como nuestro estado normal, hasta la muerte. La lucha no nos disminuye; al contrario, nos realiza plenamente, en tanto como persona humana y en tanto como hijos de Dios. No nos extrañemos, pues, al sentir en nosotros el desorden y la oposición: es en la paz y en la alegría de ser lo que Dios ha permitido que seamos, como tenemos que considerar esta perspectiva. La lucha será para nosotros más especialmente, un estado normal, por el hecho de que nuestra vocación no nos pone al abrigo, como lo hacen las observancias monásticas. Nuestra ascesis revestirá un aspecto distinto de la del monje que vive en clausura. Nuestras malas costumbres, nuestras desviaciones, se pelearán con frecuencia y de un modo distinto con las sollicitaciones exteriores. Es, por tanto, normal para nosotros que en el trabajo de rectificación de nuestra naturaleza y de represión de nuestras malas tendencias, una ascesis enérgica de lucha reemplace a lo

que son las observación para el monje.²

Esta espiritualidad a base de lucha perseverante, apacible, pero a la vez valiente y enérgica, no es de ningún modo incompatible, bien por el contrario, con el desarrollo de una vida de oración y con la sencillez del alma. Sin embargo, es preciso subrayar, en el plano de la ascesis, la diferencia existente entre los medios utilizados en los des estados de vida diferentes. Por esto sería vano e ineficaz querer trasplantar a nuestra vida la espiritualidad y el método ascético de una orden de clausura. En efecto, la espiritualidad del monje se articula en el ambiente creado por la clausura y por las observancias; éstas actúan ya por sí solas, obligando a una determinada ascesis ininterrumpida. Pero sobre todo, quizás, la caridad de un monje que vive en clausura no debe exteriorizarse de la misma manera que la del que vive fuera del recinto de un claustro y no tiene las mismas ocupaciones.

El trabajo, el estilo de oración, las relaciones con los hombres, todo esto obliga a vivir el amor por Jesús, con actos a menudo imprevistos, muy distintos de los del monje en clausura. Es cierto que las malas tendencias de nuestra naturaleza tendrán algunas veces más ocasiones de manifestarse; quizá haya más dificultades, porque habrá más luchas, pero también habrá

-como contrapartida- más ocasiones de esfuerzos de amor y de renunciamiento de sí mismo.

Me parece que nuestra disposición fundamental de alma deberá ser a la vez la de una **desconfianza completa hacia nosotros mismos**, que irá acentuándose al paso que vayamos experimentando nuestra impotencia, en las derrotas y en las dificultades; y la de un **valor sin desmayo en la lucha**, que encontrará su única fuente en nuestra fe confiada en Cristo Jesús y en sus promesas: Todo es posible para el que cree.

3. ASCESIS: CONQUISTA DE UNO MISMO PARA LA CARIDAD

Necesitamos, pues, una ascesis, y ésta tiene que estar perfectamente adaptada no tan sólo a nuestra naturaleza humana, sino también a nuestro temperamento personal.

La primera condición de una ascesis eficaz es, por tanto, **un claro conocimiento de sí mismo**. se trata de saber exactamente (por amor hacia Cristo y hacia nuestros hermanos y para que la gracia pueda transformar verdaderamente todo lo que somos como hombres en verdaderos hijos de Dios) qué obstáculos va a encontrar el amor para desarrollarse en nosotros, de qué manera particular se traduce en nuestro interior el peso del cuerpo, y el desorden del pecado original, qué formas to-

²- Observancias: vida regular, conjunto de normas de comportamiento orientadas a la ascesis y tendencias a favorecer el clima de interioridad dentro de la vida conventual o monástica.

man en nosotros el orgullo del espíritu, el egoísmo, la sensualidad. Existen también defectos temperamentales que, sin llevar directamente al mal, son -no obstante- un obstáculo para la libre expansión de la caridad: sensibilidad, timidez, taciturnidad, exuberancia, ligereza. Existen también hábitos de pensamiento, de juicios, de sentimientos, fruto sobre todo de nuestro ambiente familiar y de la educación recibida. Estos hábitos, aunque sean con frecuencia en sí mismos como una perfección de la persona, nos limitan, porque nos especializan y nos oponen a los demás. Si no se les domina, pueden ser motivo de estrechez de juicio, quizá también un obstáculo para la visión objetiva de la verdad y, en todo caso, nos hacen más difícil la comunión en el amor con nuestro prójimo. Existen, por último, inclinaciones o manías que, absolutamente inocentes en sí mismas, pueden -de no ser combatidas- hacernos insoportables para los demás. Es preciso haber visto todo esto con entera claridad. En general, nuestras inclinaciones exteriores pueden ser descubiertas rápidamente y fácilmente admitidas. Pero hay que ir más lejos en el conocimiento de sí mismo, ya que nuestras malas tendencias y nuestras desviaciones tienen, por lo general, una raíz común, a veces poco aparente, que es nuestro defecto dominante. Casi siempre nos cuesta mucho más trabajo descubrirlo y admitirlo por extraño que parezca, y casi nunca lo conseguimos sin la ayuda ajena.

Tenemos que estar dispuestos en este terreno, a aceptar cualquier observación, con humildad y dentro de la verdad.

Es preciso saber aceptar la realidad tal y como se presenta y no extrañarnos de que la violencia y la lucha sean parte normal de nuestra vida de hijos de Dios: "Traten de entrar por la puerta estrecha" (Lc 13, 24).

Tenemos que emprender con júbilo esta hermosa conquista de nosotros mismos, lo que significa un empleo total y generoso de todas las fuerzas de nuestra voluntad. Normalmente, el Espíritu Santo no suplirá en nosotros, de una manera directa, lo que hubiéramos podido hacer con un esfuerzo generoso de nuestra voluntad de hijo de Dios.

4. EN EL MARCO DE UNA COMUNIDAD FRATERNA ³

Pero sobre todo, es preciso llamar ahora la atención acerca del papel que en esta materia debe representar la revisión de la vida, con el doble esfuerzo de confianza y corrección fraterna que exige de nosotros.

Si queremos obtener todo el beneficio posible de nuestra vida fraterna tenemos que creer, primero de todo, en su eficacia sobrenatural, entregándonos con toda nuestra fe a las palabras de Jesús: "Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, **allí estoy Yo, en medio de ellos**

³-Debe adaptarse al estilo de comunidad (orante, pastoral, consagrada, matrimonial, ...) de que se trate.

" (Mt 18, 20). "**... allí estoy Yo, en medio de ellos**": Tenemos que creerlo y repetir sin cesar, ya que es exactamente en Nombre de Jesús por lo que nos reunimos para ayudarnos a realizar mejor su amor y para poner en práctica sus preceptos.

Hará falta un tanto de valentía para poder permanecer abiertos a los demás con franqueza sencilla y con humildad, y hará falta otro tanto para no vacilar si tenemos que señalar algo a uno de nuestros hermanos, con suavidad y sin exageración.

Esta corrección -bien hecha- tiene, pues, por objeto que podamos ayudarnos mutuamente a fin de mantener el estado de lucha activa contra nuestro defecto dominante, o contra cualquier otro obstáculo que se oponga al amor de Jesús en nosotros.

Es preciso querer de verdad que nuestros hermanos nos ayuden a hacer mejor todas las cosas. Esto, si se ejecuta con franqueza y suavidad, si arranca de un verdadero afecto mutuo, es quizás **una de las garantías más fuertes de la perseverancia y de progreso** y debe ser un tesoro para nosotros, un manantial de alegría muy pura, pero no exenta, a sus horas, de austeridad ni de luchas.

Me permito hacer de paso, algunas observaciones referentes a la manera de ayudarnos mutuamente. Lo primero, evitemos siempre ser demasiado absolutos y rígidos. No olvidemos, si quere-

mos ser perfectamente sinceros y justos, que es menester tener en cuenta que la intención de una persona es, a menudo, mejor de lo que haría suponer su comportamiento exterior. Es preciso **ayudar**, no **desanimar** ni **abrumar**. Cuando uno de nuestros hermanos lucha verdaderamente y hace todo lo que puede, es inútil volver a la carga, aunque los resultados sean mediocres. Tendremos que llamar de nuevo la atención si hubo olvido, negligencia o abandono en la lucha. Procedamos de tal suerte y con tanta paz y humildad, que la atmósfera favorezca los primeros pasos de aquéllos que sean tímidos, o los de aquellos otros, por temperamento, tienen tendencia a replegarse sobre sí mismos. Debemos tener verdaderamente dentro de nosotros, **sentimientos de responsabilidad** por nuestros hermanos, aceptando la preocupación que esto nos causará. Es todo un programa que, para desarrollarse, necesita una atmósfera de intimidad, de mutua confianza y de alegría fraterna.⁴

4-Debe tenerse en cuenta que el P.Voillaume se refiere a comunidades estables de vida, en las que se ha aceptado este compromiso de corrección fraterna en común como parte integrante de la relación comunitaria. En otros contextos esto debería sujetarse a la evaluación pastoral del responsable de la comunidad.

5. ASCESIS Y TENDENCIAS NATURALES

Nuestro esfuerzo ascético no debe estar únicamente adaptado a nuestro temperamento personal, sino que apuntará 'además' a la corrección de las tendencias que se oponen en nosotros a la realización de nuestra vocación. Tendremos que trabajar particularmente por tanto, para enderezar todo lo que sea obstáculo a la *oración* y a la *caridad fraterna* hacia todos los hombres; éstos son los dos polos de nuestra vida.

a) Usos de las cosas ⁵⁺

Frente a los seres y a las cosas que solicitan a nuestras tendencias desordenadas, pudiendo, por tanto, arrastrarnos hacia el mas o -simplenente- retrasarnos en el camino del amor, se puede adoptar tres actitudes *la supresión completa, el uso ordenado* y, en fin, la libertad dominadora. Corresponden a tres etapas de la vida ascética, la cual tiende a perder su utilidad en las almas que progresan, aunque, el tercer estadio pueda ser rara vez alcanzado plenamente. Un mínimo de ascesis, sobre

5- En el contexto de una vida laica esta forma de ascesis se sujeta al estado de vida, pero debe conducir al uso evangélico de los bienes, que el P. Voillaume llama "libertad dominadora". Es importante el proceso que se marca para llegar a esta libertad, corrigiendo la tendencia natural del hombre a la posesividad. Para completar este punto puede consultarse provechosamente el artículo "Entrega y posesividad" (Cristo Vive Nro. 16) y los Principios de Renovación Evangélica (parte del Cursillo de Evangelización del Movimiento de la Palabra de Dios).

todo en ciertos terrenos, parece siempre indispensable. Por tanto, nos ocuparemos sobre todo de las dos formas principales que puede revestir loa ascesis: la supresión y el uso ordenado.

Para destruir en nosotros los malos y atractivos y rectificar las tendencias descarriadas, tendremos que imponernos a menudo la abstención de actos que en sí no son pecado. Esto es lo que justifica la necesidad de operar determinadas supresiones o mantener ciertas abstenciones. Estas supresiones pueden ser definitivas, como lo es -por ejemplo- la clausura para el religioso, que opera definitivamente la separación del mundo y el renunciamiento a la capacidad de poseer por medio del voto de pobreza. También pueden ser temporales o periódicas, con vistas a conducirnos poco a poco a un uso moderado. Es con esa intención por lo que la Iglesia ha regulado la obligación periódica del ayuno en el transcurso del año. Es preciso comprender bien el sentido exacto y el verdadero alcance de estas supresiones, a falta de lo cual corremos el riesgo de despreciarlas como inútiles, yendo incluso contra lo que pediría la caridad, cuando precisamente tienen por objeto establecerla en nosotros. Estas supresiones no tan sólo nos revelan a nosotros mismos una zona de nuestro ser que no conocíamos, sino que además nos llevan a medir en su justo valor las exigencias casi infinitas de Dios en el orden del desasimiento de todo lo creado. Yo no

creo que sin esta supresión radical pueda uno llegar tan rápidamente a la plena conciencia de lo que representan. En esto consiste toda la razón de estas prácticas, y esto basta para justificarlas. Es de este modo como tenemos que considerarlas, y entonces conservan todo su significado, aún al lado de las grandes realidades dolorosas de la vida de la humanidad, a cuyo encuentro nos preparan con un corazón *más libre y más comprensivo*.

La ascesis en forma de supresión radical nos pone en camino desde el principio, y deberá venir periódicamente para ayudarnos a entrar en posesión de nosotros mismos. *Pero lo que debe caracterizar nuestra manera de vivir es el uso ordenado de todas las cosas*, con una parte de iniciativa personal a fin de intervenir en el momento oportuno, cuando sentimos que se anuda una atadura o que se esboza una desviación, y poder efectuar un corte o una abstención total temporal; es el momento de recordar la violencia recomendada por Cristo en esta materia: "... si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecado, arráncalo y arrójalo lejos de ti... y si tu mano derecha es para ti una ocasión de pecado, córtala y échala lejos de ti..." (Mt 5,29-30).

Otro aspecto de nuestro esfuerzo de desasimiento consiste en que no se manifiesta hacia afuera, sino lo menos posible; razón de más para que sea enérgico interiormente. Tenemos que estar alerta y ser firmes. Si nos dejamos arrastrar, una breve

abstención volverá a poner las cosas en su lugar. De cuando en cuando, una frenada para comprobar el funcionamiento de los frenos y seguir siendo dueños de la velocidad.

Nuestra ascesis debe ser, por tanto, una *ascesis viva y ágil*. Sabrá utilizar las disciplinas que nos imponen el trabajo y el servicio al prójimo. Bien comprendidas y ejercidas con generosidad, llegarán a ser las más eficaces prácticas de nuestra ascesis. *Vigilancia, iniciativa, energía y agilidad*, éstas serán, pues, las cualidades que debemos dar a la lucha para conquistar nuestra libertad.

Esta ascesis tiene que ejercerse en diferentes terrenos, ninguno de los cuales tenemos que descuidar: hay una ascesis del cuerpo, una ascesis del espíritu, del corazón, de la imaginación.

b) Vida de oración

Sería oportuno hablar de aquella parte de la ascesis que concierne más particularmente a la oración, en la medida en que dichas prácticas concurren, disciplinando en el cuerpo, la imaginación y el espíritu, a eliminar todo lo que es obstáculo para ella.

El *silencio* se ofrece como uno de los agentes más importantes en la ascesis de la oración. El silencio interior es indispensable y el silencio exterior lo es también

en la medida en que es necesario para establecer el silencio interior. Nuestra vida mezclada con el trabajo de los hombres, nos permite valorar mejor esta necesidad.

Ante todo, nos ha llevado a la convicción de la importancia que tiene el silencio interior, y de que puede subsistir en medio del ruido y de las conversaciones. Es un estado interior de calma de las pasiones, en la libertad de todo apego desordenado y consentido a sí mismo y a todo lo que nos alejaría de la mirada de fe sobre la presencia divina.

Este silencio siempre nos es necesario. Debemos esforzarnos para establecerlo en nosotros de modo permanente, llevándolo a todas partes: al trabajo, en la calle, en nuestras relaciones con los demás.

El silencio es bueno cuando se lo busca como condición de una tregua necesaria para permitir el trabajo intelectual o la reflexión, cuando es el momento de entregarse a ellos, y para restablecer en el interior de un alma, totalmente invadida por mil preocupaciones, el verdadero silencio interior.

El silencio es, por encima de todo, excelente cuando se lo busca para orar en presencia de Dios.

Más prácticamente: cada día, cada semana, cada mes, es indispensable tener momentos de silencio exterior, y aún siguiendo un ritmo más amplio todavía, con objeto de hacer posible la oración y verificar la realidad de nuestro silencio interior.

Por nuestra vida "no conventual" estamos expuestos a perder el hábito del silencio exterior, pero también debemos cuidarnos de evitar los silencios vacíos, los falsos silencios, los "malos" silencios. Todo silencio debe ser verdaderamente deseado como el fondo de una presencia ante Dios. Hay palabras que no rompen el silencio, pero hay silencios exteriores que rompen el silencio divino del alma.

A la ascesis del silencio debe añadirse además, en la oración, la del cuerpo, más humilde, pero no menos necesaria. En efecto, el cuerpo participa en la oración y es mucho más importante de lo que habitualmente se cree. No puedo evitar el citar aquí, simplemente, algunos párrafos de Mouroux que dan mucha luz a lo que vivimos diciendo: "Si el cuerpo es la imagen de la oración es porque es el medio de que ella se vale para exteriorizarse. La sostiene, puesto que se expresa por medio de una fórmula recitada, que asegura y define el ímpetu espiritual, en una actitud que subraya y eleva el movimiento interior. El cuerpo refuerza a la oración: cuando un hombre pronuncia las palabras de la invocación, canta su fe, se arrodilla humildemente, entonces se entrega por entero a la búsqueda de Dios, arrastra a su alma por medio de su cuerpo, y profundiza su súplica. También, a veces, el cuerpo realiza la oración. Distraída y vagabunda, deprimida, triste, y sin contacto alguno con Dios, el alma parece a ciertas horas, desvanecida o

desaparecida. Entonces el cuerpo será el medio real y eficaz de la oración. ¿Está mi alma distraída? Tomo mi rosario, arrastro a mi voluntad con mis labios y con mis dedos y mi oración se despliega delante de Dios por medio de los Ave. ¿Está mi alma deprimida? Entonces digo a Dios lo que puedo. Como Jesús que repetía: "Que se haga tu voluntad", yo también repito: "Dios mío, ten piedad de mí", y esta humilde recuperación es el acto de una oración admirable. ¿Está mi alma como escondida? Ya ni siquiera sé si sigo creyendo en Dios. Pues bien, aquí estoy. Ya no tengo un alma para orar, pero tengo siempre a mi cuerpo: se lo entrego a Dios, lo arrodillo, lo mantengo fielmente a los pies de su Señor. *Con mi cuerpo mi alma da testimonio de su presencia ante Dios; Dios me mira y me dice: "Hijo mío, vete en paz". De este modo el cuerpo es el instrumento de la comunión con Dios, y es función suprema: "El cuerpo no es para el pecado, es para el Señor" (1 Cor 6,13)*

Nos figuramos -sin razón- que podremos llegar a una verdadera oración interior sin preocuparnos de lo exterior. Esto es falso, sobre todo en medio de una vida en la que a veces sólo en la capilla puede encontrarse el ambiente para la oración. De aquí la importancia de no descuidar la disciplina de la imaginación y del espíritu, con ayuda de un método sencillo y concreto. Es todo nuestro ser lo que tenemos que dar a Dios en la fe. Este se expresará con la

misma sencillez de las imágenes o los conceptos del Evangelio, que serán materia de una fe incansable, de una fe de infancia espiritual, hasta el momento en que Dios juzgue oportuno simplificarlo todo en un acto de adhesión a El, que sobrepasará todo modo humano de expresión. Ya que es cierto, después de todo, que cuando avanzamos hacia Dios en la oración, llega un momento en que nuestras facultades están como desarticuladas, desbordadas por una vida del espíritu, que la comunión con lo divino ha desproporcionado respecto del ejercicio normal de estas facultades. Hasta este momento, seamos sencillos en nuestra fe, sin dejar por ello de obrar con un método que nos sea personal, con vistas a operar al comienzo de la oración, la pacificación de las pasiones y la calma de la imaginación. Escojamos un método sencillo que ponga en juego a la imaginación, más bien que a la inteligencia, según la dominante actual de nuestro temperamento y la naturaleza de las distracciones contra las que tengamos que luchar. *Todos los métodos son buenos en la medida en que tienen éxito, y el más sencillo será siempre el mejor.* El que recomienda el Padre De Foucauld, el que él mismo siguió, parece el más adaptado a nosotros; parte simplemente, de la presencia de Jesús en el Evangelio o en la Eucaristía, para iniciar un coloquio con su Maestro, en el curso del cual adora, da gracias, pide, suplica, repara, pero sobre todo, *oye hablar a Jesús.*

6 - LA ASCESIS, PASO PASCUAL PARA NUESTRA VIDA

Tenemos todavía que anotar un aspecto de la disciplina ascética propia del Padre De Foucauld: *desde el principio hace que la ascesis sea una obra de amor centrado en la Cruz*. Normalmente, la ascesis es un esfuerzo de renunciamiento voluntario, metódico, para corregir una desviación. Sólo cuando el amor de Cristo alcanzó en nosotros un desarrollo suficiente, es cuando, poco a poco, se sobrepone el amor a la Cruz, para sustituir finalmente al esfuerzo propiamente dicho. *Es la locura de la Cruz*, que opera en nosotros un misterio de muerte y de renunciamiento, no ya con el fin de reprimir nuestras malas tendencias, sino simplemente por amor a Jesús, porque Jesús ha sufrido, y porque todavía hay que llenar una medida de sufrimiento en el Cuerpo Místico, con objeto de acabar la redención de nuestros hermanos. Esto va más lejos, y por eso la obra de renunciamiento y de sufrimiento voluntario se perseguirá más allá de las necesidades de la ascesis, por medio del amor y en una libertad de uso de todas las cosas útiles. Este es el término al que tendremos que llegar.

7 - CONCLUSION

Nos queda por decir una palabra necesaria sobre la *ascesis cristiana*, en torno de la cual existe una verdadera confusión

de lenguaje. Dicho término ha designado durante mucho tiempo una espiritualidad de tipo monástico. La ascesis, se decía, es cosa de monjes. En nuestros días son muchos los cristianos que descubren en sí mismos la necesidad de una ascesis adaptada a su vida en el mundo. Pero ya no saben qué hacer, porque hasta ahora las únicas formas de ascesis que se les ofrecían se referían más o menos a la vida de los monjes. Se hablaba de penitencia, de vida reglamentada, de silencio o de ayuno, de abstinencia y de vigilia. La ascesis se reducía a estas prácticas. Pero no hay que confundir penitencia y ascesis, porque son dos valores distintos. Y esto nos lleva a preguntarnos sobre el sentido y la verdadera naturaleza de la ascesis.

Se subraya, no sin razón, que las ocasiones de abnegación y renuncia a uno mismo son frecuentes en la vida cotidiana. Todo eso, ¿es una ascésis?... No lo sé. Depende de la manera como se acogen esos agobios, que por sí mismos pueden ser todo lo contrario de una ascesis y conducir a profundos desequilibrios. Estos agobios de la vida deberían suscitar reacciones interiores que nos hicieran ellas solas capaces de dominarlas hasta el punto de que nos sirvieran para disciplinarnos interiormente, a fin de estar sobre todo disponibles para mejor amar a los demás, para servirlos mejor.

Podría decirse que *la ascesis consiste en aprender, si es preciso imponiéndose renuncias voluntarias, a dominar los acontecimientos y las pasiones que éstos suscitan en nosotros.*

Una ascesis consiste en rechazar no solamente el pecado sino hasta valores por otra parte excelentes o actividades buenas en sí mismas que empequeñecerían o comprometerían, sin embargo, nuestra aptitud a la perfección cristiana y a la realización de nuestra misión, disminuyendo así lo que nosotros debemos ser a los ojos de los hombres y de Dios.

Suele pensarse que una vida semejante no podría ser generosamente llevada más que por un religioso, asegurado en la unión con Dios, pero esto no es cierto.

La perfección de la santidad exige, en cualquier estado de vida, la intervención más o menos intensa de los dones del Espíritu Santo, y la acción directa de Dios reviste *una forma adaptada a cada caso.* Lo mismo que un monje que no ha llegado a la verdadera unión con Dios, pero que se esfuerza, sencillamente y lo mejor que puede, en orar con toda generosidad dentro de su estado de vida, cumple perfectamente su vocación, de igual modo cumplirá con la suya aquél que encuentra dificultad para hacer oración, pero que mantiene valerosamente toda su vida centrada en ella, a pesar del cansancio, de las oposiciones y de los

fracasos, que no son para él sino ocasión de recuperación. Este está lleno dentro de su vocación y libra en su vida el combate de su amor. Dios podrá obrar en él cuando lo estime oportuno y lo hará por medio de su Espíritu, para consumir su oración y nada impedirá que lo haga.

Tengamos la certidumbre de que no nos faltarán nunca los dones del Espíritu Santo en nuestra vocación, siempre y cuando seamos fieles, como no le faltarán a todo aquél que cumple con la voluntad del Padre, según el estado de vida asignado por la Providencia.

Extracto de los libros "En el Corazón de las Masas" y "Dejad las redes", de René Voillaume, fundador de los Hermanitos de Jesús, inspirados por Carlos De Foucauld.

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:
[Poniendo en común](#)